
D. 22 del tiempo ordinario / C

Cada domingo los cristianos celebramos la eucaristía para conmemorar la muerte y resurrección de Cristo, recordando que, desde entonces, nuestra existencia adquirió un rumbo diferente. Y en ella recibimos la fuerza necesaria para avanzar en esa dirección, gracias a la Palabra que Jesús nos dirige y al alimento de vida eterna que nos da en el pan y el vino transformados en su cuerpo y sangre. Este nuevo estilo de vida propio de los cristianos es muy diferente del que propone el mundo. De modo progresivo, el evangelio de estos últimos domingos nos ha ido ofreciendo rasgos del *modus operandi* de los cristianos: abandono de la codicia, vivir vigilantes... Hoy son la humildad y gratitud los rasgos que se nos describen en las lecturas de la Liturgia de la Palabra.

*** HUMILDAD**

Frente a un mundo donde todos quieren triunfar y ser algo ante los hombres, todos buscan ocupar los primeros puestos, como explicará Jesús en el evangelio, y ser reconocidos por los demás, Ben Sirá, en la primera lectura, nos invita a ser humildes: “Hijo mío, en tus asuntos procede con humildad”. Porque de este modo alcanzamos el favor de Dios, ya que él “revela sus secretos a los humildes”.

Más aún, Jesús nos dejará claro que la humildad debe ser una actitud básica de todos aquellos que desean seguirle: “el que se ensalce será humillado y el que se humilla será enaltecido” (evangelio). Dios tiene predilección por los sencillos, por los débiles, por los marginados, por los últimos... Cristo mismo se caracterizó por una vida humilde, desde su nacimiento en un pesebre, desapercibido a los ojos de los hombres, hasta su muerte en la cruz como un condenado: “a pesar de su condición divina, no hizo alarde de su categoría de Dios, al contrario se despojó de su rango y tomó la condición de esclavo pasando por uno de tantos” (Flp 2, 6-7).

Ser humildes significa reconocer que somos creaturas, que dependemos de los demás, que no somos autosuficientes, que no nos consideramos superiores a nadie, que somos capaces de acoger aquello que otros nos aportan... Y, más aún, nos hace estar abiertos a Dios que nos alimenta con su amor para fortalecer nuestros corazones y así poder servirle en los hermanos (cf. oración después de la comunión). Debemos frenar, pues, nuestro deseo innato de querer ser protagonistas, de imponernos a los demás, de buscar el prestigio...

* GRATUIDAD

A la lección de la humildad, Jesús une la de la gratuidad.

Muchas veces, cuando damos algo esperamos algo a cambio: sea material, sea sentimental, sea espiritual, sea humano... Y muchas veces, aun sin darnos cuenta, podemos encontrar oculto algún tipo de interés.

En cambio, Jesús, nos invita a dar sin esperar nada en contraprestación: "Cuando des una comida o una cena, no invites a tus amigos, ni a tus hermanos, ni a tus parientes, ni a los vecinos ricos; porque corresponderán invitándote, y quedarás pagado" (evangelio). Son aquellos que no pueden pagar nuestra invitación a quienes nos deberemos dirigir. Este es el camino para acumular tesoros en el cielo, tal y como Jesús nos invitaba hace unos domingos (cf. domingo 19 del tiempo ordinario). Se trata de un camino, en el que incluso se nos pedirá ser buenos con aquellos que no nos quieren bien, que nos maldicen, que nos persiguen, en definitiva, que de algún modo son nuestros enemigos (cf. Mt 5, 43-47).

* LA GRACIA DE DIOS NOS SOSTIENE

Siendo humildes, reconoceremos que todo lo que recibimos procede de Dios. Que él mismo acrecienta en nosotros su vida. Y que también es él quien la conserva y mantiene. En la oración colecta se lo pedimos: "siembra en nuestros corazones el amor de tu nombre ... acrecientes el bien en nosotros y con solicitud amorosa lo conserves". Como dice el prefacio VI dominical del tiempo ordinario, que hoy podríamos utilizar: "en ti vivimos, nos movemos y existimos". Y también nos recuerda cómo continuamente Dios nos ofrece su amor gratuitamente: "todavía peregrinos en este mundo no sólo experimentamos las pruebas cotidianas de tu amor...".

* NOS ACERCAMOS A JESÚS

Cada vez que celebramos la eucaristía nos acercamos a Jesús, el mediador de la nueva alianza, cuyo culto ha superado las prefiguraciones veterotestamentarias como nos recuerda el texto a los Hebreos que leemos en la segunda lectura. El contraste es considerable: la lejanía y el temor de la alianza del Sinaí se transforman en cercanía y fiesta en la Jerusalén del cielo. La liturgia nos hace partícipes de ese nuevo culto. En la liturgia "poseemos ya en prenda la vida futura" que esperamos gozar cuando alcancemos la Pascua eterna (prefacio VI dominical del tiempo ordinario), esperando formar parte de la "asamblea de los primogénitos inscritos en el cielo" (segunda lectura).

□ JOSÉ ANTONIO GOÑI